

muerte: atónita la Señora, y con poca congoja, creyó provechosamente la noticia, y dispuso su alma con una confesion dolorosa; y sin interrumpir sus Lágrimas, á los seis dias se vió cumplida, pero con el consuelo de las piadosas esperanzas que fundan tales desengaños, auxiliados de los santos Sacramentos.

De suerte, que el encendido amor que el Venerable Padre le tenia á Dios, le tiraba fuertemente á que consagrarse todas sus potencias y sentidos en un ócio santo á la oracion y abstraccion de las criaturas; pero el otro afecto de ese mismo amor, que es el de la salvacion de las almas, objeto principal del Instituto Apostólico, le obligaba á salir al teatro del Mundo, y comerciar con toda especie de gentes, para lograr sus almas para el Cielo; y por eso, aunque tuviera su enamorado espíritu engolfado en las divinas alabanzas y afectos mas encendidos, el zelo del bien del próximo le arrastraba gustoso del Coro al siglo; y así, es preciso confesar que aquella luz con que el Venerable Padre veía los peligros en que estaban las almas, era la que la antorcha del amor de Dios había encendido, y tenía como lámpara continua su divina Providencia en su corazon, para ver en la obscuridad del ageno, los mas ocultos sucesos, y en muchas ocasiones dar repetidamente furiosos estampidos, con que sus voces despertaran los obstinados al desengaño, ó les intimaran su merecido castigo.

Habia en la Ciudad un Coyme, cuya casa era el emporio de todos los vicios, por lo que el Venerable Padre con caridad y prudencia le había amonestado repetidas veces; y viéndole negado á la correccion secreta, se puso una noche á vista de

la casa, y con ferviente afecto é iguales razones, les persuadia á los concurrentes lo detestable del juego y demas pecados que se hacian con tan infame pretexto. Estaba el zeloso Misionero, como una nube del Cielo, lloviendo saludables doctrinas, haciendo de las voces relámpagos, y amenazando con truenos, para mover á algun temor de Dios á aquellas gentes; pero eran en vano sus clamores, por lo que tomando en la mano un Crucifixo, convidaba á todos los tahures, para que se acogieran baxo del árbol de la vida, para libertarse de la tempestad que les amenazaba; pero nada les imprimian las exhortaciones ni las amenazas: acaso consistia tanta contumacia en la del mismo Coyme; y dirigiendo el Predicador sus imprecaciones al Señor Crucificado, le decia: Ea, Señor: Ya es tiempo que levantes la mano de tu Justicia, y de que juzgues tu causa. ¡Cosá asombrosa! Fueron aquellas palabras como un ardiente rayo, que hiriendo al Coyme, cayó muerto, con espanto de todos; y azorado el concurso con tan horroroso escarmiento, se salieron buscando algun refugio.

Otra muger que por el sagrado vínculo del matrimonio debía tener á él ligados sus apetitos, había rompido las riendas del honor, y precipitada en muy ruidosos escándalos, mantenía una amistad torpe. Varias veces, y con eficaces razones la había amonestado el Venerable Padre, pero ninguna logró el fruto de su caritativo zelo; y por último, le intimó el fallo de que si no se corregía, temiese morir á puñaladas; ella se burlaba de las tales amenazas, y en su vana confianza, no desistía de sus malas costumbres, y se vió cumplido el anuncio, muriendo, al filo de un día

chillo, y á manos de su marido.

Vivia en la misma Ciudad un hombre de depravadas costumbres, y encontrándole el Venerable Padre, lleno de lástima le exhortó á que procurara enmendar sus abominables excesos, porque de no hacerlo, dentro de un año moriria muerte desgraciada: despreció temerario el terrible aviso, pero llegó el término señalado, y se vió verificado con funesto suceso, porque le asaltó la muerte con tal precipitacion, que aunque le llevaron Confesor, no fue dable que quisiera confesarse; y así, murió como vivió, olvidado de su salvacion. Otros muchos casos se refieren en que el Venerable Padre con luz superior declaraba los íntimos secretos de varias personas, ó ya para satisfacer á los escrúpulos, dudas y tentaciones que afligian sus almas, ó ya para evitar graves daños que les amenazaban, y que por ser de esta misma materia se omiten, y mas por no tener otra recomendable circunstancia, y dar aquí lugar á un caso, que por las que lo hacen prodigioso, se califica el fruto del zelo del P. Fr. Antonio.

Enfermó en Guatemala uno de sus principales Caballeros, acometido de una completa apoplexia, quedándose privado de todo sentido y movimiento; y habiendo llamado á su espiritual socorro sus interesados al Venerable Padre, solo podía con-

CAPITULO XVI.

Hace el Venerable Padre Mision en la Provincia de San Antonio, y frutos de sus apostólicos afanes.

Indadas estaban las Provincias de San Antonio Suchitepeques y la de Zapotitlán de un diluvio

solarles, sin poder auxiliar al enfermo; por lo que otro condecorado Caballero se affigia mas al verle sin el remedio espiritual, para su alma tan necesario; y condolido, le dixo al Venerable Padre: ¿Es posible que se ha de morir sin confesarse? A lo que le respondió: Dios querrá que le vuelva la habla. Era esto, segun la vehemente resolucion y estupor que padecia en todo el cuerpo, imposible en lo natural; pero retirándose el Venerable Padre á su Colegio, llegó á él á la hora en que la Comunidad entraba al Refectorio; y habiendo tomado la escudilla del caldo, repentinamente, y sin otro impulso que el de su espíritu, dobló el cubierto, y con otro Compañero se partió para la casa del enfermo, y fue que en aquel mismo instante le había vuelto la habla y estaba en su acuerdo, segun le dixo un Criado que encontró en el camino, y con quien enviaban á llamarle. Confesóse el moribundo de espacio y en su entero juicio, y despues de bien dispuesto, se volvió á quedar mudo, y en una accesion y patoxismo en que dió los últimos alientos. Fueron en todos iguales los afectos con que daban á Dios las gracias por haberle concedido aquel precioso tiempo en que pudo recibir los santos Sacramentos, en cuya eficacia tuvieron fundada esperanza de su felicidad eterna.

muchos Pueblos se extienden por la Costa del mar del Sur, y que aunque ya todos christianos y sujetos á la doctrina de sus Párrocos, daban cada dia pruebas nada equivoacas de apostasia, en la corrupcion de costumbres del todo gentílicas. Deseaba el Caballero Corregidor de la de San Antonio poner remedio á tan universal prevaricacion; pero conocia que no eran proporcionadas sus fuerzas ni aun para intentarlas: por lo que tomó el arbitrio de solicitar y pedir con repetidas instancias y súplicas, que le hizo al P. Fr. Antonio para que fuese á hacer Mision en aquella Provincia. Eran estas, conformes al interior y especial instinto que el Venerable Padre sentia; y así, salió con otros dos Compañeros á esta apostólica empresa. Luego que aquel clarín evangélico rompió la guerra contra el Infierno, según el informe del mismo Corregidor, á fuerza de su predicacion, exemplo y zelo, se descubrió mucho mas daño del que temian.

Tenian oculta y sagazmente formada una Anti-Iglesia con quatro Papas, que se hacían besar las manos y los pies, y que para serlo, le habian sacrificado los ojos al Demonio; ceguedad tan torpe, que en la misma obscuridad les persuadia ser lincees, porque ellos eran los Oráculos á que ocurrían para consultar todas sus cosas los Pueblos. Sobre este error fundaban el de que tambien eran Astrólogos, pues no pudiendo ver los Astros, en que necesariamente habian de formar las predicciones que por la parte judiciaria habia en ellos, por fuerza habian de ser falsas las que afectaban, no solo en quanto á los oróscopos y demas sucesos humanos que dependen del libre alvedrio; sino aun en las señales naturales que indi-

can las mudanzas del tiempo y varias impresiones del ayre. No es esto negar que si algunos fueran Nigrománticos, sin ojos, pudieran con abominables artes executar cosas extrañas y preternaturales por medio de la invocacion y pacto con el Demonio, como si no fueran ciegos, pues la existencia de hombres tan malvados, la prueban los anatemas que fulminan los Concilios contra los hechizeros, y las penas que los Derechos Canónico y Civil imponen contra tales delitos.

Pero es conseqüente preciso inculcar, que aunque la ambicion de tiranizar á aquellos Pueblos, paliada con supersticiosas ceremonias de Religión, estaba tan dominante que no era privativa de los que llamaban Papas, pues tambien tenian Obispos y Párrocos, para disfrutar con tales títulos toda la substancia que podian de los Pueblos; pero no es creible que Dios permitiera en tantas naciones y á tantos Individuos ni aun al crecido número de aquellos Curas, hipócritas y embusteros, que pasaban de setecientos, el que todos contratasen familiarmente con su mortal enemigo, y usasen de sus fuerzas para todos sus exécrables insultos; porque se hace increíble que Dios les diera á los Demonios tienda tan floxa para causarles tantos daños, y á ellos que se valiesen siempre de su poder para el logro de todas sus pasiones y apetitos. Lo cierto es, que hombres y Demonios son dos Repúblicas diversísimas, que la Providencia ha puesto en la naturaleza muy distantes, y sólo en casos muy raros, y en virtud de una providencia muy extraordinaria, se debe discurrir comercio familiar de la una con la otra.

Conspiraba tambien, con la

ambicion de dominar de aquellos diabólicos é intrusos Ministros, la alterneria de ser temidos, para ser obsequiados; pues ninguno se atreveria á desobedecer, ni ménos á ofender, á unos hombres de quienes tenian creído tener imperio sobre sus vidas, haciendas y comodidades, y que podian dañarlos sobre seguro, teniendo en sus manos el poder, sevicia y malignidad del Demonio. Con este servil temor, les obligaban á que con el mas rigoroso secreto les llevaran á los niños, para bautizarlos ellos, antes que los verdaderos Párrocos; y en tan sacrílego acto, fingian el pronóstico genético de la buena ó mala fortuna que habian de tener en lo futuro, por lo que cobraban sus derechos, les hacian que les llamaran para los enfermos, y zahumando el aposento, les ponian una candelá encendida en la mano, obligándoles á decir sus mas ocultos pecados, y declarar sus cómplices delante de sus Consortes, y diciendo que ya quedaban absueltos, persuadian á los agraviados á que tambien ellos perdonaran los pecados, con lo que ya no tenian que confesarle al Párroco verdadero sino algunas culpas ligeras. Si era Soltero el enfermo, despues de la iniqua confesion, enviaban la candelá á la Iglesia, y quedaba tambien libre de confesarle á su Cura las culpas graves.

Estos mismos Curas fingidos eran tambien los Curanderos, que con lanzetas les martirizaban los dolridos, y aun los mas vergonzosos miembros, causando con sus incisiones la muerte á muchos. En haciendo alguna casa nueva, se les habia de avisar para ir á bendecirla, como tambien las sementeras; y les imponian á los dueños rigorosos ayunos, no encender luz de noche, abstenerse por al-

gun tiempo del matrimonio, para cubrir con tales hipocresias sus robos y depravados intentos. Tenian multitud increíble de idolos, colocados en banquillos muy curiosos, que eran los dioses para todas sus necesidades, y que veneraban con extravagante supersticion, por haberlos heredado de sus mayores; y en fin, con tirana usurpacion del error, adoraban quanto su fantasía les dictaba; y así, creían ver en una piedra transparente quanto deseaban, engañados de la grande impresion que hacian los objetos en su imaginativa, y segun mas ó ménos eficaces eran los pronósticos que sacaban para sus enfermos, ó para otros fanáticos vaticinios, ya ominosos, ya lisongeros.

Para batallar contra tan impia idolatria, hechizerias y prestigios, y contra innumerables vicios y pecados que aquellos Indios y otros malos Christianos cometian, con lamentable estrago de sus almas, comenzó á oirse la voz del Venerable Padre, con efectos tan portentosos, que parecieran encarecimientos, á no hallarse confirmados con la deposicion de grandes y calificados testigos que fueron oyentes suyos, y que obligan á confesar que el Hijo de Dios, como á los Apóstoles, les concede tambien á los Varones apostólicos la potestad de predicar su Evangelio, y obrar cosas sobrenaturales, quando median circunstancias que las exigen, y son, ó de necesidad comun de la Iglesia, ó de la honra de Dios, ó de una máxima utilidad de los próximos. Desde el primer Sermon, en que usando el Venerable Padre de la potestad que el Señor les dió á los Ministros de su Evangelio, conjuró y anatematizó al Demonio y todos sus secuaces, para que salieran de aquella Provincia, y

no volvieron á tentar, perturbar ni molestar á ninguno de sus moradores; y se vió con admiracion de todos, que habiendo padecido aquellos Pueblos por mas de quatro meses la espantosa y sangrienta plaga de entrarse en ellos y hasta las casas unos ferozes Tigres, que mataban sin distincion de edades ni sexos á quantos encontraban, desde ese dia se suspendió tan lastimoso estrago, ni se vió ya Tigre alguno, y ya iban los Indios solos á sus sementeras, quando los dias antes no lo hacían sino en cuadrillas. Así vieron todos abatida la arrogancia, y desterrada la malicia de la antigua Serpiente, y de los Escorpiones sus sequaces, cuya ponzoña y nocivas qualidades se comprehenden por las de los animales mortiferos; pues todas las bestias venenosas y fieras, son las armas é instrumentos de que usa el Demonio para dañar al hombre, como Príncipe de la muerte, y que desde el principio del Mundo fue homicida.

Obraba tambien aquella postestad soberana, y resplandecía en las lenguas de los Apóstolos, quando hablaban en su idioma Hebreo, y les entendían muchas y diversas naciones, como si les predicaran en los propios suyos, prodigio que se comprobó en el Venerable Padre, por deposicion de testigo calificado, no solo por su carácter, sino tambien porque siendo Teniente de Cura, le acompañó en todas las Misiones, como intérprete de los idiomas de aquellos Indios; y como tal, juró *in verbo Sacerdotis*: que supo de los mismos Indios, ignorantes de la lengua Castellana, el que entendían lo que predicaba el P. Fr. Antonio, y que muchos de ellos le refrieron muchas cosas y exemplos de los que el Pa-

dre predicaba, y que lo percibían y entendían en su propio idioma; siendo así que no entendían al Padre su Compañero, predicando como el V. Padre, en Castellano. Confirma esto con la experiencia, pues dice: que movidos aquellos Indios de la eficacia de sus palabras, que llegaban á sus corazonas como flechas que se los traspasaban, les obligaban á confesarse; y lo hacían tan contritos y llorosos, que descubrian sus pecados é idolatrias que hasta entonces habian callado. Y dice: no haber experimentado, en lo mucho que habia administrado á los Indios los Sacramentos, disposicion tan linda para llegar al de la Penitencia. Por fin asegura: que vió que muchos de los Indios se confesaban con el Venerable Padre, y llegando despues á reconciliarse con él, les preguntaba, si el Padre les habia entendido. Y le decían: sí, Padre, porque el Santo P. Fr. Antonio nos entiende y le entendemos. Lo que fue notando en todos los Pueblos que anduvieron con las misiones.

Al compás de esta divina luz con que iluminaba aquellos Pueblos la antorcha del Evangelio, inflamaba tambien las voluntades de los Indios, y rendidas á la inspiracion de la Providencia, se convenian unos con otros, y era admirable la multitud de idolatras, mágicos y hechizeros que se presentaba al Venerable Padre, con tal eficacia, que se disputaban la primacia para descubrirle sus errores; y como en el dia estaba continuo en el Confesionario y Púlpito, le ocupaban en la noche hasta las diez, y hasta la una de la mañana. Allí confesaban, siendo intérprete el dicho Señor Sacerdote, sus mayores excesos, y la ceguera con que les tiranizaba el De-

monio, gimiendo debaxo del pesado yugo de sus Papas, Obispos y Curas, sin atender á la doctrina de sus legítimos Párrocos. Este desengaño se comprobaba en la abominacion con que ya miraban y entregaban todos los instrumentos de sus idolatrias, encantos, bruxerias y abusiones, lo que se hace indubitable, por una Carta del Venerable Padre, en que decía: Ahora mismo está la plaza hecha un monte alto de ídolos, banquillos, sillas y otros trastes encantados, en donde ofrecían, los dias que en su Chololquili ó Calendario eran buenos, las candelas, copal, &c. Gracias al Señor. No salimos á parte alguna á Mision, donde no muestre nuestro buen Jesus que su divina Magestad es quien la hace por sus pobres jumentillos.

Entre las abominaciones del adulterino culto de aquellos nuevos Christianos, adoraban, como los antiguos Gentiles, por dioses, hasta los mas feos animales. Tal era una Hidra ó Culebra del agua, que veneraban por diosa de ella, y le encomendaban la felicidad de sus pesceas. Esta se les hacia presente en el centro del rio; y despues que le ofrecían incienso y sacrificios, verbalmente les pedía su comida, que era de lo mismo que le sacrificaban. Esas mismas voces con que el Demonio fomentaba su idolatria, eran evidente prueba de que no hay peor ni mas iniqua cabeza que la cabeza de la Culebra; pero como la de la Serpiente antigua, quedó tambien pisada la de esta infernal Culebra, y desterrada de aquellas aguas, porque quitadas con las exhortaciones evangélicas las venenosas falacias que habia inspirado en los corazones de aquellos miserables, fueron tambien arrojadas sus serpentinatas astu-

cias y venenosas malicia.

Declarada la divina Providencia en favor de aquellos miserables Indios, fueron innumerables las conversiones que con raras circunstancias resultaron de las Misiones; y así, deponen con juramento un docto Cura, que despues ascendió á Provisor y Vicario General: Que parece permitió la divina é infinita misericordia de Dios, que por medio de las diligencias, desvelo y zeloso trabajo de los Padres Misioneros, se libertasen aquellos Indios con tan conocido desengaño, que absolutamente negados á lo diabólico de sus pasadas costumbres, solo se les advierte hoy unos ejercicios tan católicos, y unas costumbres tan devotas, que los que antes eran Ministros del Demonio, son ya legales hijos de nuestra Católica Religión. Es tan grandiosa y autorizada esta universal expresion, que solo ella basta para formar cabal idea del maravilloso fruto que en aquellos Indios lograron los infatigables afanes del P. Fr. Antonio: pero para satisfacer á la devota curiosidad, que se deleyta en los particulares casos y misericordias de nuestro gran Dios, se dirá la conversion de un Indio, por la que se pueda formar idea de las de otros muchos, y del infeliz estado en que estaban sumergidos con una perdida necesaria, si la divina gracia no hubiera, por medio de esta Mision, socorrido sus almas.

Habia un Indio mas que bárbaro, pues continuamente se le aparecía y tenia familiar trato con él el Demonio: éste se le figuraba como una nube, y envuelto en ella decía, que iba á remotísimas partes del Orbe: que habia estado en Francia, y varias veces en España: que habia visto á

los Reyes, Guerras y muchas Ciudades, y tambien la de Roma, pero que nunca pudo ver al Sumo Pontífice, porque siempre estaba el Sacro Palacio cubierto de resplandores como llamas, que le estorbaban la vista. Referia á su Cura, con individual expresion, los lances que le habian sucedido en el viage que hizo á España, y en la vuelta á Indias: decia tambien que habia tenido comunicacion con doce Capitanes de su arte en Nicaragua, los que en figuras de aves de rapiña y otros animales, hacian en los Pueblos muchos daños. Para dar un prudente asenso á tan extraña historia, no se han de adoptar las inverisímiles circunstancias con que un Autor Demonógrafo cuenta los vuelos y las transformaciones de las bruxas; pues de dos diez: que una en figura de Gato, sufrió que le molieran los lomos á palos, y otra con la de Sapo, la pasaran á cuchilladas; y es de reir, que las que habian volado de léjas tierras, excediendo la velocidad de las Aguilas, para ir al lugar de su desgracia, no pudieron volar para evitarla, y se volvieron volando á sus casas. Se debe pues tener á la vista la constante doctrina del Gran Padre San Agustin, que haciéndose cargo de varias historias de transformaciones, como las que se dicen de Circe, que transformó los Soldados de Ulises en brutos, y las de los de Diómedes en aves, todas las descarta con decir, que quando no sean fabulosas, por lo ménos son aparentes é ilusorias.

Mas verisímil es que el Demonio le representara en la fantasia al hechizero los vuelos, las Ciudades, las personas y las guerras que decia haber presenciado y visto, que no el que elevado en una nube, pudiera ver

los sucesos de una guerra, sin que se lo estorvaran, ó la desproporcionada distancia ó el mucho polvo, y el humo de la artillería, marchas y extension de una campaña. Mas inverisímil es que se mantuyese en una nube, siguiendo las singladuras de un navio tres meses continuos de ida y tres de vuelta, estando distante de su alcázar y toldilla, para no ser visto, y muy próximo para ver, oír y presenciar los lances que al Señor Beneficiado le sucedian, siendo tambien insensible á todos los accidentes y mudanzas de los tiempos; pero asegurar las transformaciones de los doce Capitanes, no solo es inverisímil, sino ilusion diabólica, y efectos todos de su imaginacion viciada, por la horrible impresion que en ella hacian las apariciones del Demonio, en que conturbada la imaginativa, le representaba todas las especies que conducian á su fanatismo, en un profundo sueño y pesado letargo.

Este era entónces el estado en que estaba sumergida aquella miserable alma; y siendo tan continua la comunicacion y trato familiar con el Demonio, era tambien necesario que siempre estuviera propensa y determinada á toda especie de pecados, y para enganar y terrificar á los otros, pronta á practicar los mas sacrílegos y supersticiosos prestigios, y quantos medios juzgara oportunos para el logro de los vicios, que son inseparables de hombres tan delinquentes y malvados, que tienen su felicidad en los mayores delitos; pero eran los bramidos que como León generoso daba el P. Fr. Antonio desde el Púlpito contra todos los pecados, capaces de intimidar á los pecadores, aunque fueran las mismas fieras; y como salian inspirados del ardiente fuego del

amor de Dios y del próximo, en ellos iban disparados los mas eficaces auxilios con que la divina misericordia les llamaba á una verdadera penitencia; y á eficacias de la divina palabra, quedó rendida la alma de ese miserable pecador, y tan movida al dolor y contricion de sus gravísimas culpas, que no solo hizo una confesion general de todas ellas, sino que se presentó á su Párroco, reconocido de sus errores y maleficios, que testó y abjuró públicamente; y despues perseveró con singulares pruebas de que su conversion habia sido una de aquellas prodigiosas mudanzas de la divina diestra, con que suele hacer de una pública pecadora, una penitente Magdalena.

Por esta y otras muchas conversiones, eran arrojados los Demonios de las sacrílegas aras en que se habian hecho dar infames adoraciones; pues ellas mismas, con todos los demas instrumentos de idolatría, mágia, supersticiones y maleficios, fueron consumidas del fuego en públicas hogueras, protestando aquellos Pueblos, con Procesiones de penitencia, que su arrepentimiento era efecto de su desengaño, y que arrepentidos de sus culpas, solo querian ver echadas de sus Pueblos y de sus almas, Serpientes tan engañosas en sus promesas, como impias y mortíferas. Á todo concurría la divina Providencia, acreditando la confianza que habian concebido de la paternal benignidad y misericordia de Dios, no solo para curar sus débiles espíritus con el perdón de sus culpas, sino tambien sus corporales dolencias.

Habia mucho tiempo que padecia una India una fuerte alfercecia ó gota coral, con movimientos convulsivos en todo el cuerpo, y priva-

cion de los sentidos. Accidente tan fatal, que algunos llaman sónica ó demoniaco, porque es tan ridículo en sus gestos, como intrincada su curacion, y que muchas veces lo causa el enemigo. Viéndola su marido muy desflaquecida, ya con el color cada-avérico, y cubierta de llagas y cicatrices, de los golpes y quemadas que se daba en la invasion del accidente, y en lo humano sin esperanza de remedio, la puso en la divina piedad, y la llevó, valiéndose del Cura Coadjutor, para que el P. Fr. Antonio la viera. Contan eficaz diligencia, el V. Padre le impuso las manos en la cabeza, rezando los santos Evangelios y otras deprecaciones, con lo que se fueron muy consolados. Grande fue sin duda la fe que habian tenido, pues pasado bastante tiempo, se encontró el mismo Cura con la enferma; y al verla ya muy robusta, le preguntó si ya estaba sana. Á lo que contestó el marido diciendo: «Sí, Padre, porque desde que el Padre Santo puso las manos en la cabeza de mi muger, no le volvió á dar mas el mal, y no solo quedó buena del todo, sino que hemos logrado tambien el tener un hijo.»

Así desempeñaba el Señor las promesas hechas en su Evangelio á favor de los que creían la doctrina de sus Ministros; pero era intolerable para el Demonio el ver que no podia resistir á ella; y así, para impedir el progreso de los gloriosos triunfos que la verdad evangélica lograba cada dia contra sus astucias, les sugirió á algunos de sus faccionistas, el divulgar que el descubrimiento de las antiguas idolatrias que tenian tan ocultas los Indios, no podia ser efecto de su desengaño, pues lo era de la fuerza de los castigos con que les ha-

bían apremiado las Justicias, llegando esta calumnia hasta los Superiores Tribunales, en tono de querrela, pero mal instruida, y al punto se les deshizo la trama, certificando con juramento quatro Señores Sacerdotes, dos Curas Beneficiados, y dos Coadjutores: «No haber habido castigo alguno, ni menos violencia temerosa que les diese motivo á semejante disculpa, sino que todos libres, y con ánimo espontaneo y rendido, se manifestaron y limpiaron de sus acanceradas propiedades.

Disipadas las tinieblas de tan diabólica mentira, tuvo el Príncipe de ellas que ceder á la verdad evangélica, y trastornado el Trono en que habia tiranizado aquellas Provincias, sacudieron el pesado yugo de las falacias, supersticiones y hechizos con que mantenía su idolatría; y quedaron, segun el dilatado informe que su Corregidor hizo á la Real Audiencia de Guatemala, usando de sus mismas palabras: «hechas un Paraiso de Dios, en cuyos Pueblos se veía lo que nunca, que era la frecuencia de los Sacramentos en Indios, y en quienes no lo eran: extinguidos vicios de amancebamientos y juegos, en unos y otros: que estos se han convertido en mucha continuacion de rosarios en las calles y en las casas, siendo todos los Pueblos un Coro de Ángeles al romper del Alba, á la campana de las doce y á la oracion, alabando todos á una, en voces harmónicas, á Jesus Sacramentado, á su Madre Santísima, y al glorioso San Joseph, con otras oraciones que la gran caridad del R. P. Fr. Antonio les dexó enseñadas é impresas en sus corazones.»

En nuevo campo de batalla entró el Venerable Padre pasando á

la Provincia de Zapotitlán; pero como iba ya aguerrido, experto en los ardidés, fuerzas y emboscadas del enemigo, marchaba confiado en alcanzar nuevas victorias, para mayor honra y gloria del Señor de los Ejércitos. Había ya misionado en la Cabeceza con los frutos que se han dicho, y pasó al Pueblo de Coyotenango, en donde á los primeros asaltos, rindieron las armas los partidarios y sequaces del Príncipe de las tinieblas. Adoraban aquellos Indios, como su propio Cura depone con juramento, un monte, hasta entonces desconocido, como á dios de las selvas, al que ofrecían inciensos y sacrificios de animales; pero desde el principio de la Mision manifestaron todos sus abusos, idolatrias y supersticiones, entregando los culpados los instrumentos y piedras con que creían hacerse invisibles, y excitar á otros á la concupiscencia y facilitar la rapina. Había entre ellos cinco tiranos, con el nombre de Obispos, que por medio del Demonio embaucaban á los simples con prestigios ilusorios, para dar pronósticos de las vidas ó muertes de los enfermos; pero de estas vanas observancias, de otras ridículas creencias y supersticiosos engaños en que les tenían imbuidos, les libertó el Señor por medio de sus apostólicos Ministros, en quienes, dicen el citado Párroco y su Coadjutor, «predicaba mas la eficacia exemplar de sus acciones, que sus palabras; por lo que reconocian tal mutacion en aquellos Pueblos, que los veían reconocidos y reducidos á Dios en todo su partido.»

Con todo, todavía era el centro de la malicia y del Ejército infernal el Pueblo de Masatenango, pues fueron necesarios para reducirle, qua-

renta dias de mision, quando en los demas fueron bastantes diez y ocho. Acompañábala, en calidad de Intérprete del idioma, el Señor Cura Coadjutor; é igualmente que los Padres, predicaba y confesaba, y como testigo de vista, asegura en el informe, que juró: «Que desde el primer dia decían aquellos Indios, ya sin recato, haberles ya llegado el desengaño, y que ya era tiempo de seguir con Fe verdadera, y constancia, las católicas costumbres á que tan apostólicamente les persuadian los Padres, con lo que se logró en lo general copioso fruto, y la extirpacion de abominables abusos, descubriéndose en la Jurisdiccion, un Pontífice y nueve Obispos, con las mismas circunstancias que se dixeran de los otros.» Por esta causa eran en este Pueblo mas y mayores las ilusiones y fraudes con que les fascinaba el Demonio, y las extorsiones con que les vejaban sus inmundos Obispos, pues aun para los mas enormes y obscenos delitos, les daban tutelares y dioses, imponiéndoles bayles en que les dieran cultos con oraciones y perfumes; y castigaban con graves penas á los que faltaban á estas juntas y sacrilegas invocaciones.

Contra tan infernales astucias batallaba el Venerable Padre con la espada de la verdad y fuerza de la doctrina evangélica, concurriendo el Señor con la luz con que vino á alumbrar á todo hombre, haciendosela ver á los mas ciegos y perversos de aquellos miserables. Había uno que, como el mas inculto bárbaro, y ageno del conocimiento de Dios, traía siempre consigo tres inseparables Demonios, uno para hurtar con osadía: otro que le franqueara las puertas, é inclinar las voluntades á que condescendieran

con sus execuciones lascivas; y otro que le daba fuerzas y valor en las pendencias. Otro Indio, desde jóven tenia trato familiar con el Demonio; con quien se habia mezclado en viles torpezas, representándosele como una fantástica belleza; por lo que uno y otro, con tales Maestros y Compañeros, habian executado indecibles daños y maleficios; pero ambos fueron triunfos de la gracia, porque heridos sus corazones de los dardos y saetas de la divina palabra, respondieron á la inspiracion, que les llamaba á la penitencia, y se presentaron humillados, y contritos confesaron, como Manasés, sus idolatrias y pecados, pidiendo con humildad el perdon y remedio de ellos.

Este mismo christiano afecto, testifica dicho Señor Intérprete, prevaleció en todos aquellos Indios; y así, dice: «Se desengañaron con efectos tan conocidos y demostraciones tan católicas, que en protestacion de su arrepentimiento, entregaron todos los instrumentos de su engañoso embeleco, y los quemaron públicamente en las plazas,» advirtiéndole dicho Señor, un sumo alborozo en sacudir de sí estas cosas; tanto, que las piezas que saltaban del fuego, ellos mismos las volvían á arrojar para que se consumiesen, de donde así yo, (dice) como otros muchos, llegamos á entender que el dichoso alborozo y regocijo, era festejo y celebridad, en gracias de que en aquel día les habia concedido la divina misericordia la luz evangélica de que tanto habian carecido; pues así nos lo dieron á entender en las varias y públicas penitencias que todos hicieron el día de la Procesion de penitencia que se hizo en aquel Partido, confirmándolo con las con-

»fesiones sacramentales que así mis-
»mo hicieron, así conmigo, como con
»los Padres Misioneros, en que no
»hay que dudar serian con la forma-
»lidad y rectitud que se requería pa-
»ra un verdadero dolor y firme propó-
»sito de la enmienda.»

Con los ya citados y otros exten-
sivos informes, se dió cuenta de todas
las resultas de la Mision del Venerable
Padre á la Real Audiencia de Guate-
malá, que deseando fuesen sólidas,
y que quedara del todo extirpado tan
pestilencial contagio, libró dos Reales
Provisiones á los Señores Obispos de
Nicaragua y de Comayagua, en que les
ruega y encarga tengan presentes sus
puntos, para aplicar en sus Diócesis
oportuno remedio

CAPÍTULO XVII.

Vuelto al Colegio, acude el Venerable Padre al remedio de algunas almas por prodigiosos modos, y acabada la Guardiana se dedica á las Misiones de Infeles, de donde es llamado á este Reyno.

DIA de solemnidad y de alegría fue para la Ciudad de Guatemala, el en que conmovidos y alborozados sus estados, y toda clase de personas, vieron entrar, como en triunfo del zelo apostólico, prisioneros los Anti-Papas, Pseudo-Obispos, Nigrománticos y Maestros de hechizarias, que la Real Sala habia mandado conducir á ella; pero el P. Fr. Antonio, ya de antemano estaba encerrado en el abismo de su nada y en el silencio de su celda, pidiendo al Señor, que habia obrado con su gracia conversiones tan maravillosas, las confirmara con la perseverancia, y que á él solo se le tributaran toda la honra, gloria y alabanza. Esta in-

á tantos males: estos felices sucesos con que la divina misericordia visitó á aquellos Pueblos, hicieron venir cargado de despojos al P. Fr. Antonio para su Colegio, trayendo como en triunfo á los quatro Pontífices que como ídolos adoraban aquellos Pueblos, los que se mantuvieron en él muchos años, hasta que fueron muriendo, lo que lograron en el seno del desengaño, y con la disposicion de Christianos, como tambien otros de aquellos Obispos y Maestros, á quienes destinó la Real Sala al servicio de otros Conventos, para solidar su conversion, con la doctrina y exemplo de tan sabios como piadosos Padres, que les miraban como á sus mas queridos hijos.

genua humildad de su Siervo, le premiaba el Señor con empeñarle en nuevos desvelos por el bien de las almas, y obrar prodigiosos sucesos, que interesan tanto al consuelo de los pecadores arrepentidos, como al escarmiento de los obstinados.

Sin desatender el Venerable Padre las precisas ocupaciones de la Prelacia, lograba las treguas que le permitia el oficio, para cumplir tambien las del Instituto, y salia á misionar por los Pueblos circunvecinos. En uno de ellos, llegó á confesarse una muger que habia seis años que estaba enredada en una torpe correspondencia; y como todavia estaba en la ocasion próxima, siendo esta vo-

luntaria, aunque con lágrimas y promesas le pedia al Venerable Padre la absolviere, él resistia, hasta que quitada toda ocasion viniera mas bien dispuesta; pero fueron tales las expresiones de su dolor y las palabras de la enmienda, que juzgándolas el Venerable Padre por extraordinarias, hubo de absolvela. Fuese á su casa, y ocurriendo luego el mancebo, le notificó ella, que primero perderia la vida que volver á la culpa: él, ciego de su pasion, la molestaba, ya con ruegos, ya con amenazas; pero firme en su propósito, resistia á todo la penitente arrepentida, diciéndole que no irritara la divina Justicia; pero esto avivaba mas su pasion, y empeñado ya en su terquedad y molestias, la muger se afirmaba mas en sus santos propósitos; y por rara providencia entró un descomunal vestigio ó Demonio, en figura de Ximio, que le dió á aquel corazon obstinado un golpe, poniéndole las manos en el pecho, con lo que cayó de espaldas, y tan mal herido, que llevado á su casa, dentro de poco rato tuvo el funesto fin de morir en tan mal estado, sin el socorro de los santos Sacramentos. Si en este suceso fue un Demonio ministro executor de la Justicia divina, en el siguiente se verá otro Reo executorio de la divina Misericordia.

Predicaba en otro Pueblo las inefables misericordias y paternal amor de nuestro gran Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva, para cuyo fin le dá el tiempo y lugar para que pueda borrar con la penitencia las manchas de sus culpas; y al baxar del Púlpito se le presentó un hombre, descubriéndole de plano que por sus innumerables y gravísimos pecados habia hecho pacto con el Demonio,

firmándole una cédula en que le entregaba su alma, y prometia ser siempre esclavo suyo. El Padre le animó, con la firme confianza que debia tener en la Misericordia divina, y le exhortó á que para merecerla hiciera una confesion entera de todas sus culpas, con firme dolor y propósito de la enmienda, y así quedarían borradas, y tambien la cédula que el Demonio tenia. Hizola con muchas lágrimas de contricion, y habiendo tenido con la absolucion sacramental un excesivo espirital consuelo, todavia sentia su corazon afligido, por no poder recoger la cédula que retenia el Demonio. El Venerable Padre le persuadia que ya aquella cédula no tenia fuerza ni valor alguno, pues estaba legítimamente revocada por el Sacramento de la Penitencia, porque en él se le comunicaba toda la eficacia de la Sangre de Jesuchristo, que en la Cruz borró la escritura y decreto que contra el Género humano alegaba el Demonio. Con todo, preocupado de su temor, temblaba aquel hombre, representándole su imaginativa que la cédula no podia dexar de ser válida mientras no se rompiera.

Ignoraba, como muchos, que aunque el pecado queda no solo en la memoria, sino tambien en el decreto de Dios para castigarlo, pero quando por el Sacramento de la Penitencia lo perdona, no lo hace de forma que haga que el pecador no haya pecado, sino que el pecado cometido quede borrado de su memoria, como tambien el decreto que tenia reservado para vengarle con el castigo; y consiguientemente hace que el mismo pecado no quede en la memoria del Demonio para acusarlo, ni en la del pecador para desespeararlo; pero viendo el Venerable Padre que aquel pá-

nico terror y cobarde aprehension del penitente podia conturbarle la fantasia, y hacerlo caer en una fatal desconfianza, ú otra desesperacion precipitada, que segun su genio, le pusiera en su última ruina, le dixo: Pues llévame al lugar donde hiciste ese pacto iniquo con el Demonio: fueron ambos, y avivando aquel Sacerdote del Altísimo la fe de las divinas palabras de nuestro Redentor crucificado, y de la potestad que sobre los Demonios les dió á sus Ministros, exórcizó, conjuró y anatematizó al Demonio, mandándole que apareciera en la misma forma en que habia engañado á aquel miserable hombre, y traxera la misma cédula en que le entregaba su alma. Obedeció el rebelde espíritu, apareciendo en forma humana visible, pero resistió el entregar la cédula; y renovándole el Venerable Padre hasta tres veces el mandato, á todas se negó soberbio; por lo que arrebatado de aquella santa ira con que los zeladores de la honra de Dios y de la verdad de su divina palabra defienden la de sus promesas, arremetió al Demonio, y estrechándole entre sus brazos, luchaba con él, y le oprimia con la misma fortaleza que el Príncipe San Miguel abatió su soberbia, diciéndole: ¿Quién como Dios? y otros eficaces conjuros, hasta que el infeliz espíritu clamó, diciendo: déxame, Fr. Antonio, déxame, que me atormentas; y tirando á sus pies la cédula, huyó cobarde y vencido hasta el Abismo. No se sabe si despues de tan estupendo suceso, quedó el corazon de aquel hombre en perfecto sosiego; pero es de admirar que le fue al Venerable Padre mas fácil avocar, luchar y vencer á un Demonio, que reducir á razon el capricho y aprehension de un escru-

puloso, que de ordinario lo son los que han vivido con mas desenfreno en la carrera de los vicios.

Fueron los Apóstoles luz del Mundo, y los que la Suprema Cabeza de la Iglesia substitute por sucesores suyos, deben serlo tambien para alumbrar á los hombres en las tinieblas de sus pasiones; y siendo sin duda el P. Fr. Antonio destinado para luz del Reyno de Guatemala, pues muchos le veneraron como Apóstol suyo, tambien la soberana Providencia le ilustraba con luces extraordinarias, para dirigir por las sendas de la paz y de la justicia las almas. Hallábase en la Ciudad un Caballero, y sabiendo que un Amigo suyo, á quien habia libertado la vida y hecho importantes beneficios, le habia levantado un falso y criminoso testimonio, en que perdía el honor y buena fama que en toda ella tenia, concibió tal sentimiento y odio, que determinó vengar felonía tan injuriosa con quitarle la vida. Era dicho Caballero muy familiar del P. Fr. Antonio, y estando encerrado en su quarto, meditando el modo de executar su venganza, tomó las armas, por ser ya las nueve de la noche, para ir á ejecutarla; pero al mismo tiempo, sin saber como ni por donde, se le presentó en el quarto el Venerable Padre, y tomándole del brazo, le dixo: ¿Qué es esto? ¿Anda por aquí Patillas? Y cerrando la puerta, prosiguió: ¿A donde va, bárbaro? Y con esto, el hombre se arrojó á sus pies lleno de lágrimas, y le rindió las armas que llevaba prevenidas. El Venerable Padre le levantó entre sus brazos, y dándole saludables consejos, le citó para que el siguiente dia se viera con él en el Colegio: así lo hizo, y habiéndole confesado y dado la sagrada Co-

munion, salió de él tan mudado, que yéndose de allí para el Palacio, en la puerta se encontró con el asesino de su honor, y echándole los brazos, sin darse por entendido de su agravio, no volvió jamás á renovar sus justos sentimientos, ponderando siempre, y asegurando con juramento, que estando la puerta de su casa cerrada por sus Criados, nunca supo por donde habia entrado el Padre, ni por donde habia salido, ni tenido valor para preguntárselo, ni como supo qual era su casa, no habiendo estado ni una vez en ella.

No es ménos admirable la penetracion de los interiores que el V. Padre tenia, y se ve en el caso siguiente. Un hombre, á quien los escrupulos le tenian muy afligido, y siempre temeroso de su salvacion, confesándose con el Venerable Padre, este le dixo: «No tema, que se salvará.» Sucedió con este, lo que ordinariamente sucede á los caprichosamente escrupulosos, que en lugar de quietarse con tan dulce esperanza, prosiguió su mania, yendo á consultar con otro Confesor, diciéndole: que el Venerable Padre le habia asegurado su salvacion. Era el Consultor muy Teólogo, pero solo especulativo; y pareciéndole ser esa seguridad temeraria, se fue á ver con el Padre, y le replicaba los peligros á que exponia á aquel hombre, que asegurado de su salvacion, podia vanamente confiarse, y perderse eternamente. Escuchóle el Venerable Padre con mucha mansedumbre, y con ilustracion superior le respondió: «No se espante, que el mismo que me dixo haber Vm. pernoctado mala noche, y con poco temor de Dios, sin confesarse, pasó hoy á celebrar; ese mismo me dixo que ese hombre se

»salvaria.» Enmudecido y confuso se quedó aquel Teólogo, viéndose convencido con las feas manchas de su conciencia: felicidad suya sería si procuró expiarlas en el Sacramento de la Penitencia, movido de tan importante aviso, pues le constaba que no podia ser sino del Cielo.

Estando gravemente enferma y casi en los últimos de la vida una hija de Don Felipe Guzman y de Doña Antonia Arguello, de la Ciudad de Guatemala, quando ya tenian del todo perdidas las esperanzas de que viviera, acordaron acudir á la divina misericordia, por medio del P. Fr. Antonio, y le enviaron á llamar de su Colegio. Entró el Venerable Padre hasta la cama de la enferma, que en el concepto de todos los asistentes estaba ya difunta, y les dixo: que no era finada, sino que estaba descansando; y poniéndose de rodillas, rezó el rosario con todos ellos, y cantó el Alabado; y volviendo á la cama de la niña, la santiguó con el rosario, y la llamó diciendo: Ea, Maria, ya basta, ven de donde estás, y al tercer llamamiento, se incorporó ella sola, y quedó con salud tan perfecta, que al otro dia se levantó, dexada del todo la cama, no dudando ninguno de los concurrentes al caso, que la niña estaba ya muerta, y que milagrosamente habia resucitado.

Ya se ve que para discernir si la dicha curacion repentina habia sido natural ó sobrenatural, se debian consultar hombres doctos y Físicos, que resolvieran con atencion á la exquisita y sábia diligencia con que la Iglesia procede en el exámen y calificacion de semejantes casos; pues aunque en el dicho no hubiese habido resurreccion verdadera, podia, por las circunstancias de ser una curacion re-

petina, perfecta y constante, parecer milagrosa; pero este juicio fue el que el Venerable Padre intentó eludir, diciendo, que la niña no estaba muerta, sino que descansaba, y con llamarla tres veces, como que era necesario para despertarla de un sueño profundo. Esta modestia la enseñó el divino Maestro en otro caso en que resucitó á otra niña ya difunta, y dixo que no estaba muerta, sino que dormía, porque con soberana moderacion queria ocultar el milagro, ó atenuarle, sin que por eso mintiera, pues usó de una palabra equívoca, no para engañar, sino para dar exemplo de su modestia y humildad; porque si el dormir, literalmente es descansar en el sueño, en sentido figurado, tambien significa el estar muerto.

En estas y otras muchas ocupaciones, á que compelian al Venerable Padre el zelo y la piedad, cumplió el trienio de su Prelacia; y viéndose ya libre de sus pesados grillos, no pudo dirigir sus pasos sino hácia donde le arrastraban aquellas cadenas que saben conducir prisioneras á las almas desde muy distantes Provincias, porque con deseos impacientes y sagrados, suspiraba su corazon por la conversion de los Gentiles Talamancas, que mucho tiempo habia tenian cautivada su alma; y para facilitarla con los mas sólidos principios, le representó á la Real Audiencia de Guatemala, los medios que ya tenia muy experimentados, y á tan alto fin, le concedió una nueva recluta de Soldados para resguardo de los Misioneros, y para la civil educacion de los Indios. Acompañóle un Religioso de robusto espíritu; pero como el del Venerable Padre era rigorosamente apostólico, confesó de sí, que muchas veces llegó á desfallecer, ven-

cido de la fragosidad de los caminos, y de los rigores del tiempo y falta de alimentos; pero que en tales angustias, acudia su Venerable Compañero á su socorro necesario, y alguna vez, por raro modo, le conduxo á donde con la miel silvestre hallara el sustento y fortaleza que su necesidad y fuerzas pedian. Renovaba el Venerable Padre en aquel camino, el zelo y caritativas virtudes con que otras veces habia visitado, instruido y reformado sus circunvecinos Pueblos; y en esta ocasion se le ofreció tambien la de confirmar con la caridad mas fina, la de la humildad religiosa.

Años antes, saliendo de la Talamanca, habia predicado en un Pueblo, pero con tan infausto suceso, que autorizando el concurso su Párroco, quando todos oían con christiana compuncion su evangélica doctrina, á él solo le sonó mal, y á gritos desde el Presbiterio le llenó de injurias y desprecios, y le mandó baxar del Púlpito: al instante lo hizo el Venerable Padre, y arrojándose á sus pies, le pidió, besándose los, perdon de sus yerros, y agradeciéndole que alumbrase su ignorancia y castigase su soberbia. Yendo pues el Venerable Padre en esta nueva entrada, ocurrió que entre la Ciudad de Leon y la de Granada se encontrara con el Illmo. Señor Obispo, y pasmado aquel Prelado de ver al Venerable Padre descalzo, y sin mas equipage de camino que el báculo y Santo Christo, le preguntó: ¿á donde iba, y de donde venia? Estándole dando razon de su destino, fue llegando aquel Párroco que tan ásperamente le habia humillado, y al punto que le conoció el Venerable Padre, con mucha urbanidad interrumpió la conversacion, diciendo al Señor Obispo: perdóneme

V. S. I. que no puedo dexar de saludar quanto antes á este Padre, que es mi Amo y mi Señor, y le debo lo que nunca acertaré á agradecerle; y llegando desalado al Cura, le besó las manos y los pies, con extrañas expresiones de respeto y de cariño. Este es el espíritu del Evangelio, que movia el corazon del Venerable Padre, y le tenia como connaturalizado con la mansedumbre y humildad, de modo, que aun el lance mas inopinado, siempre le cogia prevenido.

A esta ausencia de Guatemala, parece corresponder un singular caso sucedido en ella. Habia muerto Don Diego Arguello, y su muger Doña Juana Cobar se dió con tan desordenado extremo al sentimiento, que se vendó los ojos, haciéndose ciega no solo á la luz material, sino tambien á la de la Fe, prorrumpiendo en escandalosas proposiciones que sonaban como blasfemias; pero se habia hecho notar, que todos sus extremos y gritos sucedian al tiempo que la tenía en sus brazos una Mulata amiga suya, y que frecuentaba su casa. Ya se habian practicado muchas diligencias christianas, por medio de varios Sacerdotes doctos y piadosos, pero sin efecto alguno. Una mañana, como á las seis horas, se entró por las puertas de la casa el P. Fr. Antonio, saludando como siempre, con decir Ave Maria, y al punto se salió corriendo la Mulata, como de huida, y nunca se supo mas de ella. Entró al aposento diciendo: que el jumentillo del Señor, (que así llamaba su persona) habia caminado aquella noche quarenta leguas, porque su alma no se perdiera: al punto se salieron los circunstantes, y quedando el Venerable Padre con la viuda, desde aquella hora entró en su acuerdo, y tan libre

de su pasion, que se quitó la venda de los ojos, y no se le oyó palabra alguna que desdixera de la Religion y piedad christiana; por lo que habiendo verificado sus parientes que el Venerable Padre no se volvió á ver aquellos dias en Guatemala, tuvieron por milagrosa, tanto la mudanza de la viuda con la fuga de la Mulata, como tan saludable venida, que pareció mas que vuelo, andando en diez horas lo que pedia algunos dias, ó que se transformaba su cuerpo en espíritu, para volar mas ligero.

Quarenta leguas de Costa-Rica á las montañas caminaba el Venerable Padre, con todo el convoy y escolta destinada á la Talamanca, y con los generosos designios de que en arreglando sus conversiones, le fuera escala para entrar en el Perú, deseoso de reducir á la Fe todos los Gentiles que habitan las Costas del istmo de Panamá; pero en el camino le alcanzó una órden del Prelado Superior, que le ordenaba volver á este Reyno para la fundacion de otro nuevo Colegio; y aunque con instancias le pedian los Gefes de la expedicion, y su Compañero, que como ya práctico en aquellas sierras, entrara al establecimiento y arreglo de aquella nueva Colonia, y dispuestas las cosas, conforme al plan que habia propuesto, despues se volviera. Eso no, dixo el Venerable Padre, ni un paso adelante, lo que me manda la obediencia es que me vuelva; y de pronto lo fue haciendo, con la resignacion que es propia de un espíritu desnudo de todo lo que no es Dios, formando de su corazon la ara en que ofreció á su Magestad el sacrificio de su propia voluntad y apostólicos deseos, encendido en el fuego del amor que les tenia á aquellos pobres y desgraciados Indios.

A largas jornadas, llegó al Colegio de Christo crucificado, y al verle de marcha, fue muy doloroso el sentimiento de toda su Comunidad, no pudiendo remediar la ausencia del que amaba y veneraba como á su Fundador, Padre y Caudillo, y que era la primera fundamental piedra del material y espiritual edificio de aquel Apostólico Seminario. Llegado el día de su partida, se despidió de la Santa Comunidad, postrado en su presencia, pidió perdon de sus defectos, y de cualesquiera mal exemplo ó escándalo que hubiera dado. El Prelado, por dar treguas á la ternura de paso tan sério, le mandó que dixese alguna cosa de edificación á la santa Comunidad. Entónces el humildísimo Padre, que en rígido escrutinio de su conciencia, solo latía como escrúpulo el que mandando las Bulas Apostólicas que los Misioneros no salgan del Colegio á la Ciudad, sino para algun inevitable negocio, y esto rara vez, para que quanto mas vigilantes fueren de la monástica soledad, se hagan mas aptos para reprehender las diversiones de los Fieles, y que en este punto se podía haber notado que á él de día y de noche le habian visto siempre ocupado, bien que en gravísimos é inevitables negocios, y todos muy propios del ministerio; con todo, para satisfacer á algun escándalo pasivo, dixo: «Que por la misericordia de Dios, aunque le habian visto andar en la Ciudad en las calles y plazas, y por todas partes, pero siempre habia estado en la presencia de Dios, sin salir de ella.» Esto era tener el corazon tan desprendido de la tierra, como si viviera en otra region extraña, sin que le debiese, apenas una ternura, algun otro objeto que la divinidad inmensa, á quien buscaba

con suspiros todo el día, y en las mismas cosas en que le empleaba su Providencia para el bien de las almas: por eso tratando con las criaturas, no se salía de aquella presencia, que sin falta se le presentaba en ellas, solo para remediarlas. Habiendo tambien cumplido con las urbanidades debidas á las personas de todos los estados de aquella Nobilísima Ciudad, que tanto amor y veneracion le profesaban, fue general el sentimiento de verse privados del asilo que en él tenían para sus cuidados, y del consuelo de todas sus aflicciones, con lo que emprendió el Venerable Padre su viage, ó por mejor decir, su peregrinacion apostólica, llena de frutos espirituales, y de admirables sucesos.

Caminaba el Siervo de Dios alumbrando aquellos eriazos desiertos como una estrella; y así, parecia insensible á sus ardores é incomodidades; pero iluminaba con su predicacion y exemplo todos los Poblados, Estancias y Ranchos del contorno; y confesando á innumerables que lo necesitaban, y estaban ya envejecidos, y aun bien hallados, en las tinieblas de las culpas. Atravesaba un día un bosque; y le vió un Vandido, ó Sateador, de caminos, y atraido de su penitente aspecto, le salió al encuentro, y le dixo: ¿Para donde, mi Padre? A lo que le respondió con agradable semblante: camino para la Gloria. Y le replicó: ¿Y yo, para donde camino? Tambien para la Gloria, respondió el Venerable Padre. Hizole fuerza al Ladron tan liberal franqueza, y le pareció incompatible con su desastrada vida; y así, le dixo: ¿Como podrá ser eso que V. P. me dice, teniendo yo este maldito exercicio? Bien, le satisfizo el Padre, dexando esos malos pasos, y haciendo una confe-

sion verdadera. Pues manos á la obra, dixo el hombre, rindiendo las armas, ya trocado en un penitente el foragido.

Entraron ambos á lo mas oculto del monte, y el Venerable Padre le fue instruyendo el entendimiento é inflamando la voluntad, de forma que hizo una confesion entera y dolorosa, con tales muestras del dolor de sus culpas, que quedó el Venerable Padre muy confiado de la divina Misericordia, por los destellos con que resplandecia en aquella alma su inspiracion y su gracia. Con estas luces, le dió tambien el Señor la correspondiente para que escribiera un papel, cuya substancia era: Dará V. P. sepultura al portador. Y sin saber el hombre su contenido, lo cerró el Venerable Padre, y le encargó que lo llevara á cierto Convento: él prometió hacerlo con eficacia, y le preguntó: ¿Pero qual es la penitencia que V. P. me impone por mis muchas y gravísimas culpas? El que te duelas de ellas, por ser ofensas de una bondad infinita, y que los pasos que des desde aquí al Convento á donde te envié los ofrezcas en penitencia. Despidióse del Venerable Padre, tan lloroso como agradecido, é iba por el camino dando á Dios las gracias por sus inefables misericordias, y renovando los afectos de dolor y contricion de sus culpas: así llegó al Convento, y dando el papel al Religioso á quien iba dirigido, luego que lo leyó se quedó confuso; pero examinando al portador, este le informó de todas las circunstancias del caso, y al punto se cayó á sus pies muerto. Mayor fue entónces el asombro del Religioso, viendo los inexcusables juicios en la salvacion de las almas, y

le daba infinitas gracias por la luz que se dignó comunicar al Venerable Padre para la predestinacion de aquella, y le dió á su cadaver la eclesiástica sepultura que se le encargaba.

Llegando el Venerable Padre á Oaxaca, se ofreció á acompañarle un hombre que hacia tornaviage á Querétaro, y en el camino le preguntó, ¿quanto tiempo habia que no se confesaba? El dixo seis meses; pero el Padre, que deseaba remediar su alma, le replicó: ¿Como puede ser eso verdad, si ha tres años que no te confesabas, por tal y tal pecados, que tienes callados por vergüenza? Llévese el hombre de pavor, y logrando ocasion tan oportuna, hizo una confesion entera y dolorosa, que llenó su alma de consuelo; y despues él mismo descubrió á un Confidente suyo todo el suceso, asegurando, que si en aquella ocasion se hubiera muerto, no dudaria volase su alma derecha al Cielo.

Parece que toda la mortificación que el Venerable Padre toleraba en los caminos, y los duplicados pasos y afanes con que buscaba los pecadores, hasta en los mas humildes cortijos y despreciables chozas de los Indios, para explicarles la doctrina, y que se confesasen de sus culpas, se los retribuía el Señor con tan admirables conversiones, como son las que por algunos accidentes han podido llegar á nuestra noticia; pero se debe suponer, que siendo estas efectos del fuego de caridad que respiraba en su apostólico zelo, serian otras muchas mas, y quizá mas admirables, las que nos ocultó su profundísima humildad; pues reputándose por la misma nada, era preciso que sepultura en el olvido todo quanto podía ser en su aplauso.